

Antes de cerrar los ojos no dejó de pensar un momento en la Sociedad masónica, y cuando logró dormirse, el fantasma de Manuel y multitud de objetos extraños que se reproducían incesantemente ante él y que tenían formas caprichosas y fantásticas atormentaron su sueño.

L.

El nuevo Mason.

Pocos días después, el magnífico cuadro de la familia, obra de Mauricio, era descolgado de la pared de una de las salas de la Academia y conducido á la casa de Manuel, quien dijo á Mauricio que la Gran Logia aceptaba la compensación ofrecida, y le nombraba depositario del cuadro de su amigo.

Así comenzaba Manuel á dar pruebas de su confraternidad á Mauricio, escamotándole su obra maestra, de la que ni siquiera noticia tenía la Gran Logia. El mason propagandista había encontrado muy cómodo satisfacer él á nombre de Mauricio los derechos exigidos por los estatutos, y quedarse así á poca costa con el cuadro pintado por el artista en momentos de inspiración.

Mauricio fué presentado por Manuel en la logia que se hallaba en su propia casa, y ya le hemos visto, al principiar esta

obra, en el cuarto de reflexiones primero, y sometido despues á las extravagantes pruebas del *agua*, el *aire* y el *fuego*.

Cuando el venerable declaró cerrados los trabajos y Mauricio salió de la logia, estaba aturdido. Necesitaba respirar el aire puro de la noche y hablar con una gente razonable y *profana* para convencerse de que lo que le habia pasado no era un sueño, y de que conservaba toda su razon.

Si María no hubiera tenido el carácter que le conocemos, el artista se habria dirigido al hogar doméstico, que es donde los hombres que han logrado la rara fortuna de una buena esposa, encuentran cuanto les hace falta; pero la preocupacion en que se hallaba absorto no le impedia pensar que su mujer iba á tomar pretexto de su estado moral para atormentarle y provocar uno de esos horribles disgustos que habian llegado á ser el pan cotidiano de su matrimonio.

Prefirió ir á vagar por las calles de la ciudad para volver lo mas tarde posible á su casa, y pensar seriamente en los compromisos que se habia echado encima y en las grotescas escenas en que acababa de representar el peor papel.

Manuel iba á su lado, y apénas salieron del zaguan de la casa le dijo á Mauricio:

—Y bien, ¿qué te ha parecido tu recepcion?

—¿Quieres que te hable con toda franqueza?

—Se entiende.

—Pues la verdad, encuentro ridículo cuanto ha pasado.

—¡Chist! no hables tan alto—dijo Manuel volviendo espantado la cara hácia atrás, y fijando la vista en un hombre que seguia á pocos pasos de distancia á los dos amigos.

—¿Nos espían?—preguntó Mauricio.

—Nó—contestó Manuel—pero no hay necesidad de que todos se impongan de lo que piensas.

—¿No crees que tengo razon?

—A primera vista, parece que no te falta; pero todas esas prácticas que tú consideras ridículas son necesarias.

—¿Para qué? para hacer el bien no se necesita hacerle á uno bailar el fandango en tablas desiguales, ni acercarle á la cara la llama de una lámpara, ni fingir que le sangran y llevar el engaño hasta el grado de querer hacer creer al neófito que corre su sangre, cuando él, mejor que nadie, está comprendiendo que todo es farsa y mentira, y se halla avergonzado de lo que pasa, extrañando que hombres serios se ocupen en semejantes puerilidades.

—Cuando se contempla lo grandioso del fin, se fija uno poco en la pequeñez y en la extravagancia de los medios, Mauricio; en la masonería todo tiene su objeto; esto, que te parece ridículo, es indispensable, porque si tú, por ejemplo, no pasaras por esas ceremonias y por las que todavía te faltan si quieres hacerte recibir en otros grados superiores, el día que quisieras darte á conocer como mason en alguna logia del extranjero, cuando por desgracia te encontraras prófugo ó desterrado en país extraño, y tu miseria y tu abandono te hicieran necesitar del auxilio de tus hermanos los masones de aquel país, no podrias lograrle si en el exámen minucioso que tendrias que sufrir olvidaras una sola de las cosas que han pasado en tu recepcion.

—¿Y por prever esa eventualidad apelan á tan ridículos medios?

—Ya lo ves, son necesarios.

—¿Y las amenazas, á qué bueno?

—Tú comprenderás fácilmente que no todos los hombres cumplen con lealtad sus compromisos, y que es preciso que el temor de un castigo, y de un castigo terrible, haga leales á los que no lo son.

—Pero entónces no hay tal luz ni tal libertad en la maso-

nería, puesto que lo primero que se pierde al entrar en ella es el libre albedrío.

—Sin eso no marcharía nuestra sociedad como marcha.

—Así es que ustedes son peores que el clero.

—¿Por qué?

—Porque á este, por mas intolerante y exigente que haya sido hasta ahora, nunca se le ha ocurrido privar á los hombres del libre albedrío, y si ántes los condenaba en esta vida cuando no eran fervientes católicos, en los tiempos que alcanzamos se conforma con condenarlos en la otra.

—Si para allá me las guardan.....

—Ya ves que ustedes son peores.

—Nosotros, debes decir, que ya eres de los nuestros.

—Pero soy el último de los últimos y creo nunca pasaré de ahí.

—Espero que no sea así.

—Francamente, estoy desanimado.

—Pero, hombre, vaya un variable que eres! hace pocos dias tanto entusiasmo; hace algunas horas todavía tanto empeño, y ahora tan desalentado.....

—Se desanimara una beata, Manuel; la reunion de esta noche me ha parecido mas triste y de ménos resultados prácticos que las que celebran los individuos de las Conferencias; en ellas se reza, se lee algun libro fastidioso y escrito en bárbaro, se habla de hambres, de miseria, de piernas hinchadas, de visitas á los pobres y á las iglesias, se pasa despues un sombrero en el que todos hacen que ponen una moneda y del que no falta quien saque la que por rareza puso el vecino; pero se acuerda, por lo ménos, socorrer á algunas familias mas ó ménos necesitadas; miéntras que aquella á que hemos tenido el gusto de concurrir, fuera del paso de comedia en que yo hice el principal papel, maldita la gracia que tuvo ni lo bueno

que produjo; y mira, á mí me llevaron una noche á la conferencia, donde fuí admitido como miembro, y me dí por satisfecho con aquella única asistencia, de la que quedé tan agradecido como escarmentado; figúrate lo que me pasará ahora. Estoy avergonzado, corrido; me parece que salgo de una tertulia particular dada por los inquilinos del hospital de San Hipólito.

—Habla mas bajo, por Dios santo—dijo Manuel á su amigo, cuya voz se habia elevado gradualmente, y dirigiendo una mirada de desconfianza al hombre que no habia dejado de seguirlos y que caminaba muy cerca de ellos.

—¿Qué mas dá?—continuó Mauricio—yo no hago misterio de lo que pienso y de lo que digo. En la misma Gran Logia seria capaz de decir lo propio que te estoy hablando.

—Sin embargo, hazme el favor de hablar mas bajo.

—¿Pero querrás explicarme?.....

—No hay necesidad de que todo el mundo se entere de nuestra conversacion.

—Dices bien; sobre todo, tú puedes pensar de diferente manera que yo en la materia, y no convendria que algun mason nos oyese y fuera á creer que tenemos las mismas opiniones.

—Espero que las tendremos mas adelante.

—¿Cómo! ¿crees opinar alguna vez de la misma manera que yo?

—Al contrario; me parece que conforme vayas adelantando en grado y palpando todas las ventajas de la institucion, pensarás como los mas fervientes de nosotros.

—¡Ojalá! porque francamente, Manuel, sentiria toda mi vida haberme deshecho de mi cuadro para nada.

—Mas bajo, hombre, mas bajo.

—¿Sabes que ya me vas cargando con tu recomendacion de que hable bajo? ¿nos sigue alguno?—y Mauricio, advirtiendo el movimiento de Manuel, que volvió la cabeza hácia atrás, pudo ver al que los escoltaba, que sin precaucion alguna seguia sus pasos muy de cerca con la intencion evidente de escuchar lo que hablaban los dos amigos.

Mauricio se detuvo y obligó á detenerse á su amigo.

El desconocido siguió andando, y al pasar junto á los dos masones fijó en el nuevo aprendiz una mirada profunda que hizo estremecer al pobre Mauricio; los ojos de aquel hombre despedian un brillo siniestro.

Manuel sintió el estremecimiento de Mauricio y estrechó su brazo de una manera significativa.

Cuando aquel hombre hubo pasado, Manuel dijo á Mauricio:

—Es preciso que nos separemos.

—¿Pues qué hay?

—Se desconfia de nosotros.

—¿De qué lo infieres?

—¿Has visto á ese hombre?

—Sí.

—Es un espía de los masones.

—¿Tambien eso!.....

—Es necesario para que la institucion tenga vida y progrese.

—Tiene una fisonomía extraña ese hombre; su mirada me ha hecho estremecer sin saber por qué.

—Es un paisano tuyo.

—¿Es italiano?

—Sí, probablemente algun bandido de las Calabrias; no solamente es el espía de la logia, sino el ejecutor de sus terri-

bles sentencias; sé prudente, por Dios; otra vez hablaremos, no pierdo la esperanza de que seas uno de nuestros primeros y mas entusiastas hermanos.

—Lo dudo—contestó Mauricio moviendo la cabeza.

—Adios, Mauricio.

—Hasta la vista, Manuel.